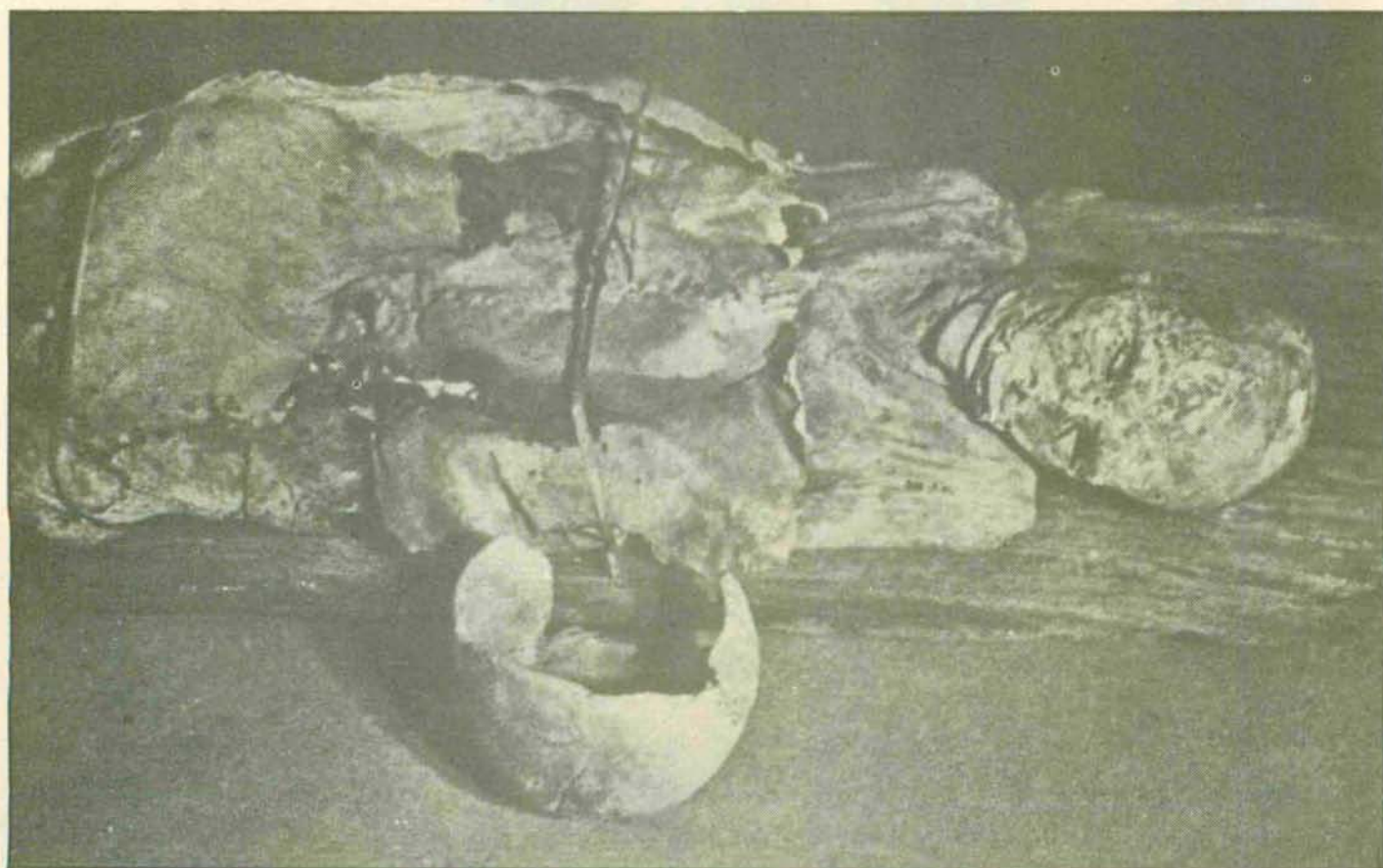


Canarias:

Una españolidad en crisis

Pedro Fernaud

LAS Islas Canarias se enfrentan desde la descolonización del Sáhara frente al reto más importante y difícil desde que, hace cinco siglos, se incorporaron a la Corona de Castilla. Los canarios tienen clara conciencia de que su circunstancia geo-histórica ha sido modificada de raíz y para siempre. Canarias ha pasado de la condición de tierra interior española a la de frontera. Y qué frontera... El Archipiélago se encuentra, a partir de ahora, abocado a los mayores riesgos por su contigüidad a una de las zonas más conflictivas del planeta, en la que las superpotencias tenderán a meter baza a la menor oportunidad. Están los fosfatos, producto básico en un mundo con una creciente penuria de alimentos; está la pugna entre el socialismo argelino y el feudalismo alauita por imponerse en la orilla africana del Mediterráneo Occidental, decisiva para el futuro de Europa, y que condicionará grandemente el despertar del magma islámico, al que estamos asistiendo desde hace varios lustros; están los intereses estratégicos de los Estados Unidos y la Unión Soviética (ahí está, sin que se haya desmentido convincentemente, la pretensión militar norteamericana de formar un triángulo militar en la zona, con vértices en Rota, Kenitra y Tenerife); y, the last but not the least, está el pueblo saharauí abandonado a su triste suerte como consecuencia de la catastrófica e irresponsable forma en que España descolonizó el territorio.

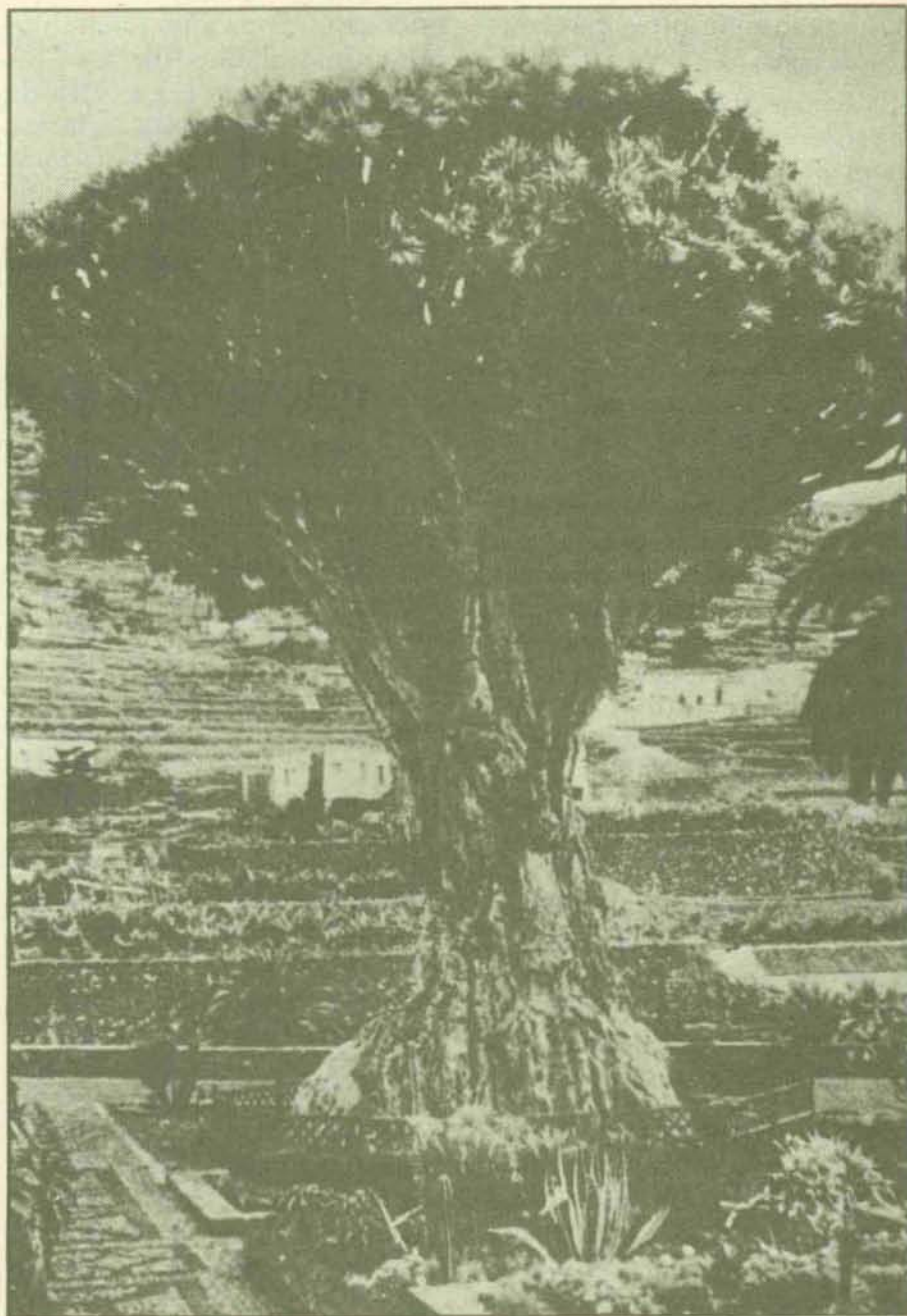


Según la última edición de la Enciclopedia Británica (1977), cuando llegaron los españoles a Canarias los aborígenes guanches se encontraban en el Paleolítico Inferior, aislados de la influencia cultural de otros pueblos, aunque tenían algunos conocimientos de cerámica. (Momia del Museo Arqueológico de Tenerife).

FRONTERA PELIGROSA

Canarias, tierra fronteriza. Las antiguas Islas Afortunadas se han convertido en pieza de caza deseada por pueblos que nunca han tenido que ver con la historia del Archipiélago. Ya tenemos el primer asalto de este combate, duro y tenaz, que Canarias habrá de librar en estos años que vienen por mantener su españolía, su raíz hispánica, en la encrucijada de tres continentes: Europa, América y África. El «gong» del primer combate sonó el pasado día 25 de febrero, en que las agencias internacionales de prensa difundieron esta información: «El Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores de la OUA (Organización para la Unidad Africana) aprobó por 47 votos a favor y 2 en contra —Marruecos y Mauritania— la recomendación del Consejo de liberación del citado organismo panafricano sobre las Islas Canarias. La recomendación aprobada considera al Archipiélago como territorio no autónomo, aconseja ayuda moral y material al MPAIAC de Antonio Cubillo e insta al grupo africano del Comité de Descolonización de las Naciones Unidas a tratar el tema».

La historia de Canarias ha discurrido desde comienzos del siglo XIX sin mayores sobresaltos exteriores. La tierra más cercana —y bien cercana que está— es el Sahara, y este territorio ha estado desde el siglo XV en manos de los españoles. Precisamente ésta fue la justificación histórica de la presencia de España en la «orilla de enfrente de Canarias». Las islas, pues, ya no tienen las espaldas cubiertas. Hasta ahora el archipiélago ha vivido fuera del protagonismo conflictivo internacional. Eso se acabó ya.



Canarias ha estado siempre sumergida en el subdesarrollo, y su economía sometida a una dependencia colonial del exterior, tanto del extranjero como de la España peninsular. (El drago milenario de Icod, que ya crecía cuando los árabes invadían nuestra Península).

ISLAS NADA AFORTUNADAS

Y no es que hasta ahora la vida canaria fuera idílica. Concretamente a lo que se ha venido proclamando en una estúpida y narcisística propaganda turística, la efectiva realidad es que la existencia del canario se ha desenvuelto dentro de unas condiciones de vida muy distantes de ser afortunadas. Canarias ha estado siempre sumergida en el subdesarrollo, y su economía sometida a

la dependencia colonial del exterior, tanto del extranjero como de la España peninsular. Y como lamentable corolario de esta crisis crónica, la emigración como constante atroz de la historia insular. Pocos canarios no han tenido en el entrañable cuerpo familiar propio el desgarrón de seres queridos que han tenido que abandonar el terruño en busca de un protagonismo y un bienestar espiritual y material que les vedaban las injustas estructuras socioeco-

nómicas imperantes en el Archipiélago.

No se trata, pues, de que la descolonización del Sahara haya arrojado a los canarios del paraíso. Los isleños no tienen añoranza alguna de ningún paraíso perdido, porque la vida en las islas nunca ha sido paradisíaca. Pero es que ahora la Historia puede arrojar a las islas al infierno. Y no me estoy refiriendo sólo, ni siquiera principalmente, al triste terrorismo del MPAIAC, sino a algo más profundo y peligroso. En el interior de las islas, a una degradación aún mayor de las condiciones sociales y económicas. En el terreno exterior a una indeseable internacionalización de la crisis con la aparición de los grandes tiburones de las superpotencias. Porque lo que es de una evidencia meridiana es que la propuesta de descolonización de la OUA es una mera cortina de humo para encubrir la convergencia de apetitos de dominio de potencias ajenas a la región.

Las islas se encuentran en una de las zonas calientes del tablero mundial, en que las dos superpotencias están ansiosas de meter baza a la menor oportunidad. Hay que ser ciego para no comprender los intereses de unos y otros —por razones, claro es, antagónicas— en desestabilizar las Canarias. Un periodista español especialista en temas estratégicos, Antonio Sánchez-Gijón, escribía no hace mucho que las islas son «zonas de conjunción de la derrota petrolera del mundo libre y de las rutas de comunicación marítima con Iberoamérica». De ahí el interés soviético y norteamericano en Canarias. Las pugnas a escala planetaria entre los sistemas socialista y capitalista han encontrado en Africa el lugar idóneo para continuar su forcejeo estraté-

gico con vistas a una hegemonía mundial, que Rusia y USA reclaman para sí. La falta de visión de la política exterior española en los últimos cuarenta años ha dejado a las islas Canarias en el centro no confesado de estas disputas planetarias.

LA POBLACION CANARIA

La realidad socio-histórica de las Islas Canarias es el resultado de una singular peripecia histórica, en la que se amalgaman elementos de muy vario origen. El actual hombre canario es el precipitado de cinco siglos de andadura histórica. En estos momentos, el canario se interroga a fondo por sus señas de identidad. Algunos quieren centrar la cuestión descendiendo en sus pesquisas hacia el origen de la actual población isleña. Pero esta retracción de la cuestión no la resuelve en absoluto. Porque, ¿a qué origen habrá que referirse? ¿Al de los guanches del Cro-Magnon? ¿A los castellanos de la Conquista? ¿A los peninsulares, incluidos los portugueses, que posteriormente se establecieron en el Archipiélago? ¿A los oriundos de diferentes naciones europeas que se establecieron en Canarias atraídos por sus florecientes rutas comerciales? Un pueblo no es sólo su pasado, sino su forma y su talante de afrontar su futuro. El pasado puede convertirse en peso inerte sin significado. Realmente, el ayer no está nunca escrito del todo. O como ha escrito el mejicano Carlos Fuentes: «Cuando el futuro es suprimido, el pasado ocupa su lugar». Además, nuestro origen, el de los canarios efectivos y actuales, es plural. Es una vasta herencia multiforme, que ningún canario sensato está dispuesto a mutilar parcialmente.

SENTIDO DE CANARIEDAD

En cualquier caso, las consideraciones meramente antropológicas, racistas, resultan insuficientes para aclarar en profundidad la esencia misma de la canariedad. Porque existe nítida una canariedad, una forma específica de ser y sentirse hombre genuina de los canarios, tan singular o más que la de los corsos, los portorriqueños o los sardos, por poner ejemplos de comunidades insulares bien diferenciadas. Hay una vivencialidad indiscutible de ser canario. Esta vivencialidad encuentra su raíz y fundamento en el destino geo-histórico que a las Canarias ha impuesto su condición de herederas geológicas de la Atlántida, en la encrucijada de tres continentes: Europa, América y Africa. Su incorporación a la Corona de Castilla en el siglo XV supuso su adscripción irreversible al mundo y a la cultura de Occidente como parte de una gran nación europea —España—, de un pasado azaroso e importante que ha dejado su impronta en las cinco partes del mundo. Canarias se siente solidaria de este legado histórico, pero quiere enriquecerlo dinámicamente mediante un estilo propio de acción, que es lo que, en definitiva, entendemos por canariedad: una forma de ser y actuar española, que viene definida y exigida por su profunda vocación americanista —el Archipiélago fue el laboratorio y el campo de experimentación de la empresa americana—, y por su proximidad a Africa, donde Canarias puede constituirse en factor de estabilidad y prosperidad de la zona que la circunda.

LOS GUANCHES

Con el nombre de guanches se conoce a los antiguos pobla-

dores de Canarias, aunque más propiamente quiere decir «hombre de Tenerife». Pero ya es uso generalizado aplicarlo a los habitantes de las islas. Son los habitantes prehispánicos de Canarias, aquellos con que se encontraron los conquistadores castellanos.

Por guanche también se entiende el idioma que ellos hablaron. Un idioma desaparecido después de la Conquista, y del cual sólo quedan unas cuarenta palabras aparte de abundantes topónimos que festonean la geografía de las siete islas. Investigaciones hechas sobre el lenguaje actual del canario sólo se han detectado cuatro palabras en uso habitual en las Islas (faicán = gran sacerdote; gánigo = vasija de barro; magado = garrote, y gofio = harina tostada).

Desde los datos que anteceden la reivindicación que desde Argelia ha venido haciendo Antonio Cubillo es pintoresca y mendaz. Hará poco más de tres años engañó a un enviado especial del prestigioso rotativo parisino «Le Monde», a quien le hizo escribir en «Le Monde Diplomatique» el monumental dislate de que el guanche era una lengua perseguida por las actuales autoridades españolas. El historiador canario Joaquín Blanco, en su «Breve noticia histórica de las islas Canarias», dice claramente que «en la primera época de los primeros cronistas (de la Conquista) ya sólo se conocen muy pocas palabras de la primitiva lengua, e incluso se habían olvidado totalmente muchas de las costumbres de la raza autóctona».

VIRTUDES HUMANAS Y ATRASO CULTURAL

Según la última edición de la Enciclopedia Británica, correspondiente al año 1977, cuando llegaron los españoles a Canarias los aborígenes guanches se encontraban en el Paleolítico Inferior (Early Stone Age), aislados de la influencia cultural de otros pueblos, aunque tenían algunos conocimientos de cerámica. Habían olvidado el arte de la navegación. Su sistema de vida era fundamentalmente pastoril, aunque también hacían faenas agrícolas en el cultivo de la cebada y el trigo, que tostaban y molían, con lo que obtenían la harina de gofio. Vivían fundamentalmente en cuevas, aunque también construían chozas. Se vestían con pieles. Estaban organizados



Un pueblo que no es sólo su pasado, sino su su forma y su talante de afrontar su futuro. El pasado puede convertirse en peso inerte sin significado. (Mural de José Aguilar, en Tenerife, representación del indigenismo canario, con clara influencia de los mejicanos.)

bajo el mandato de un mencey o guanarteme. La tierra era común. De natural pacífico, aunque guerreaban como todos los pueblos pastores por robos o problemas de ganados. Creían en un solo Dios que adoraban e imploraban en lo alto de las montañas. Embalsamaban a sus muertos.

Los etnólogos coinciden en que cuando llegaron los conquistadores españoles se encontraron con unos hombres nobles y valientes, que vendieron cara su derrota, a pesar de lo rudimentario de sus armas. La Conquista comenzó en 1402 y terminó en todas las

islas en 1498, casi un siglo. Piénsese, no obstante, en las dificultades logísticas de la época para poner en marcha una expedición de conquista, aparte de la gran cantidad de asuntos a que había de hacer frente la Corona de Castilla en momentos de extraordinaria expansión.

VALORACION DEL INDIGENISMO

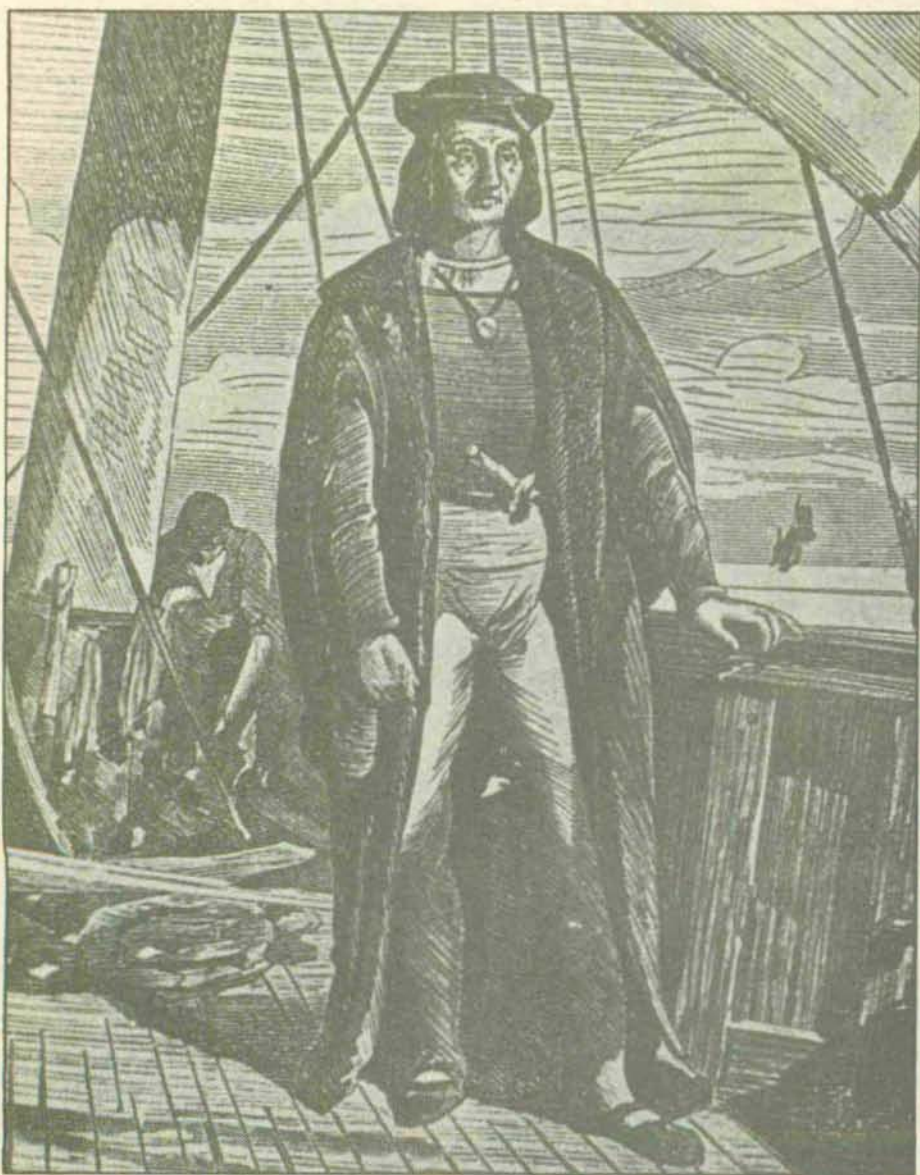
El tema del indigenismo canario es una cuestión delicada y en la que es difícil situarse en el punto de acertado equilibrio. Con el pasado guanche de los actuales habitantes de

las Canarias hay un grave y pertinaz malentendido. La posición del canario respecto a los guanches no ha estado presidida hasta ahora por la debida objetividad. Ha oscilado entre una infravaloración del pasado prehistórico de las islas y una hiperbólica idealización de las realidades guanches.

De la primera de las posturas —infravaloración del pasado guanche— tengo a mano un interesante documento: el libro «El Problema Canario», de Pedro Pérez Díaz, un defensor de la autonomía canaria a comienzos de siglo. Este libro ha sido editado el año pasado por el Centro de Investigación Económica y Social de la Caja de Ahorros de Gran Canaria, con estudio preliminar, notas y apéndice de Agustín Millares Cantero. Pedro Pérez Díaz era natural de la isla de La Palma, yerno de Salmerón y discípulo de Azcárate, discípulo en Madrid de la Institución Libre de Enseñanza, y gran luchador tanto en las islas como en la capital de España contra las incomprensiones e ignorancias crónicas de la Administración Central hacia este Archipiélago.

TESIS ESPAÑOLISTA

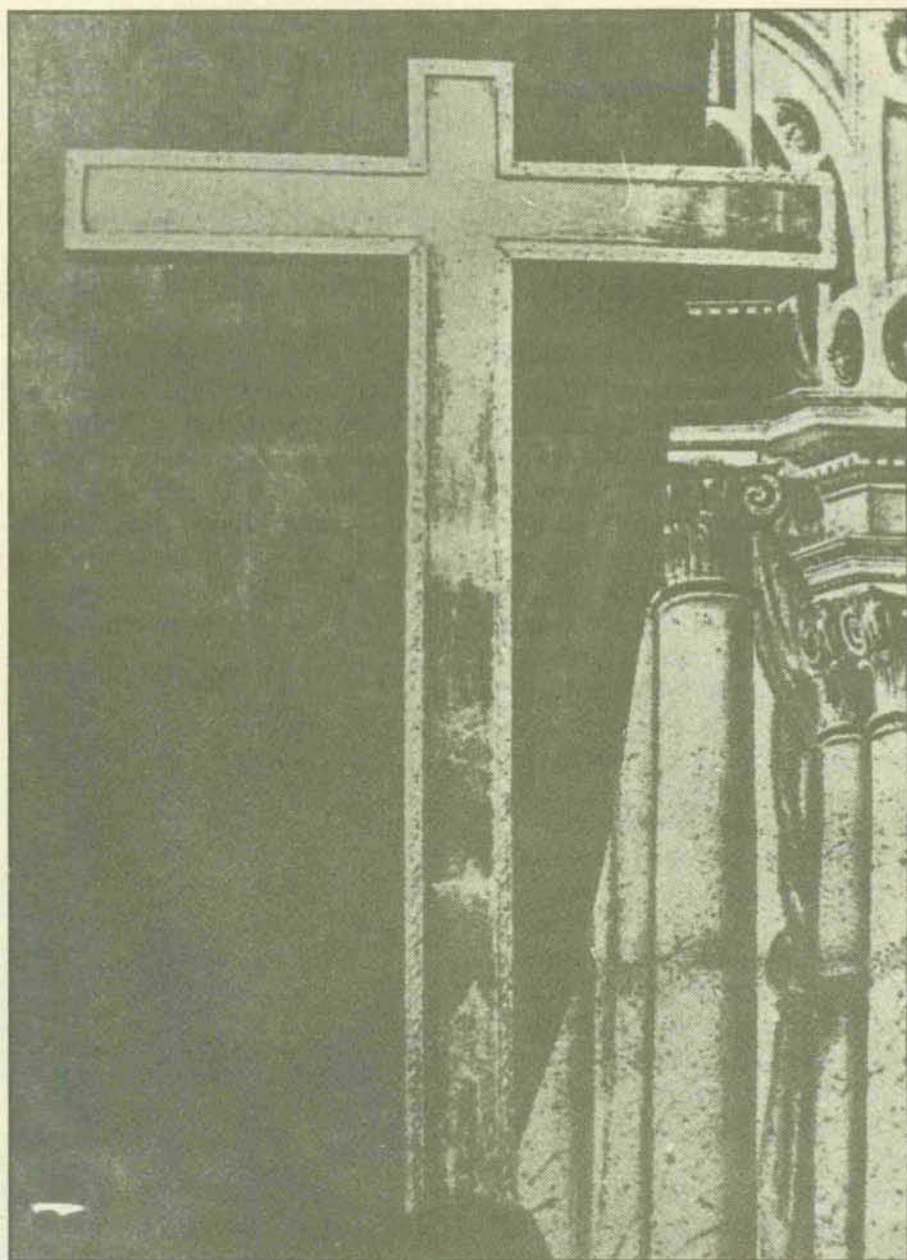
Pues bien, en una contestación a la información abierta por el ministro de la Gobernación, acerca de la organización político-administrativa que había que dar a la provincia de Canarias (era la época a comienzos de siglo de lucha por la capitalidad), Pedro Pérez Cabrera escribía de este tenor: «El llamado problema canario sólo constituye una peculiaridad del problema general español, ya que en esta región se dan los mismos comunes defectos que en las demás partes del territorio, defectos que no hemos de determinar por depender su co-



Su incorporación a la Corona de Castilla en el siglo XV supuso la adscripción de Canarias, de modo irreversible, al mundo y la cultura de Occidente como parte de una gran nación europea: España. Canarias se siente solidaria de este legado histórico. (Juan de Bethencourt, primer conquistador de Canarias).

rección o mejora de medios de índole general nacional... La provincia de Canarias no ha ofrecido ni podido ofrecer nunca inconveniente al Estado nacional. Canarias, desde su conquista por los reyes de Castilla, se ha sentido siempre parte de la soberanía nacional y con ese carácter quiere mantenerse, ostentando, como el más legítimo de sus orgullos, la defensa que hizo siempre de nuestra bandera contra enemigos nacionales codiciosos de los territorios de la patria. No han existido en Canarias soberanías parciales que hubieran que evolucionar hacia la soberanía mayor, ni fueros, que, aun hecha nominalmente la unidad nacional, implicaran en el fondo soberanía política, como v. g. en Cataluña, Aragón, Navarra; que Canarias, desde su conquista e incorporación a la Corona de Castilla, ha sido siempre un trozo de territorio enteramente nacionalizado». Omite aquí Pérez Díez cualquier referencia directa al mundo guanche, a la civilización prehispánica.

Sin embargo, hay interesantes alusiones a los pobladores prehispánicos en escritores de esa época, tales como José Miranda Guerra, en su «Estudio sobre el regionalismo en Canarias», dado a la estampa en Las Palmas en 1910. Esta obra resultó premiada en el certamen literario del Ateneo de La Laguna en 1909. Dice Miranda Guerra: «Ciertamente nuestra región, a pesar de su constitución física especial, es de las que hemos llamado anónimas dentro del carácter general de la Nación. El espíritu isleño, autónomo, exclusivo, anterior a la Conquista, murió con el último guanche, y hoy existe el espíritu canario tan español como el andaluz o el castellano: no por obra de una asimilación hábilmente verificada por una política de contem-



Incluso las Leyes de Indias tuvieron un precedente en la actuación de los obispos Frías y López de Serna, quienes batallaron ardientemente cerca de la Corona de Castilla en defensa de los aborígenes canarios, hasta lograr que se ordenara el rescate de los guanches que habían sido llevados a la Península como esclavos. (Cruz de la Conquista, que se custodia en la Parroquia Matriz de la Concepción, en Santa Cruz de Tenerife).

placiones y de dulzuras, sino por obra de exterminio y su plantación. Acusa superficialidad creer que aquella raza indómita de héroes que pobló las Islas Canarias antes de su incorporación a la Corona de Castilla, se asimilara al espíritu español de manera tan inusitada y perfecta que no dejara un sólo vestigio de su existencia. El elemento puro de la raza guanche fue rebelde a toda dominación, y al eclipsarse el sol de su libertad, buscó en las sombras de un suicidio heroico el último re-

fugio a su independencia... La región canaria, pues, fue desde entonces una región española, como españoles eran sus moradores».

Abundando en esta postura podríamos recurrir también a Policarpo Niebla González, en una conferencia sobre «renovación de la política insular», pronunciada en Santa Cruz de Tenerife en 1918. Allí don Policarpo Niebla dijo: «Yo, sinceramente os lo digo, no creo en nuestra sangre guanche, y estimo que el asunto es de la única competencia de nues-

tros poetas e investigadores históricos, porque la sangre guanchesca que pudiera ser extraída de nuestras venas apenas si podría llenar un dedo...».

LA TESIS INDIGENISTA

Frente a la tesis que desdeña la componente guanche de la realidad canaria actual, algunas minorías intelectuales de las Islas, por razones miméticas y de oportunismo, se han lanzado por unas vías indigenistas y tercermundistas. En un Congreso de Poesía Canaria celebrado recientemente en La Laguna hubo quienes postularon una cultura insular libre de la colonización castellana, y que los poetas de las islas partieran de cero e inscribieran su obra en el Tercer Mundo, al que, según ellos, Canarias pertenece. La verdad es que ni Canarias pertenece al Tercer Mundo —si se quiere dar un sentido controlable a la expresión—, ni se puede olvidar una tradición cultural firmemente enraizada en Europa.

La idealización de las realidades guanches se inició con algunos historiadores canarios del siglo XVIII, con Viera y Clavijo al frente, imbuidos de las teorías «rousseauianas» del «buen salvaje». Esta última tendencia se prolongó durante el Romanticismo en la llamada Escuela Regionalista de La Laguna. Uno de los representantes más conspicuos de esta Escuela fue el escritor y político grancañario Nicolás Estévez (1838-1914), autor de tantos versos populares en las islas.

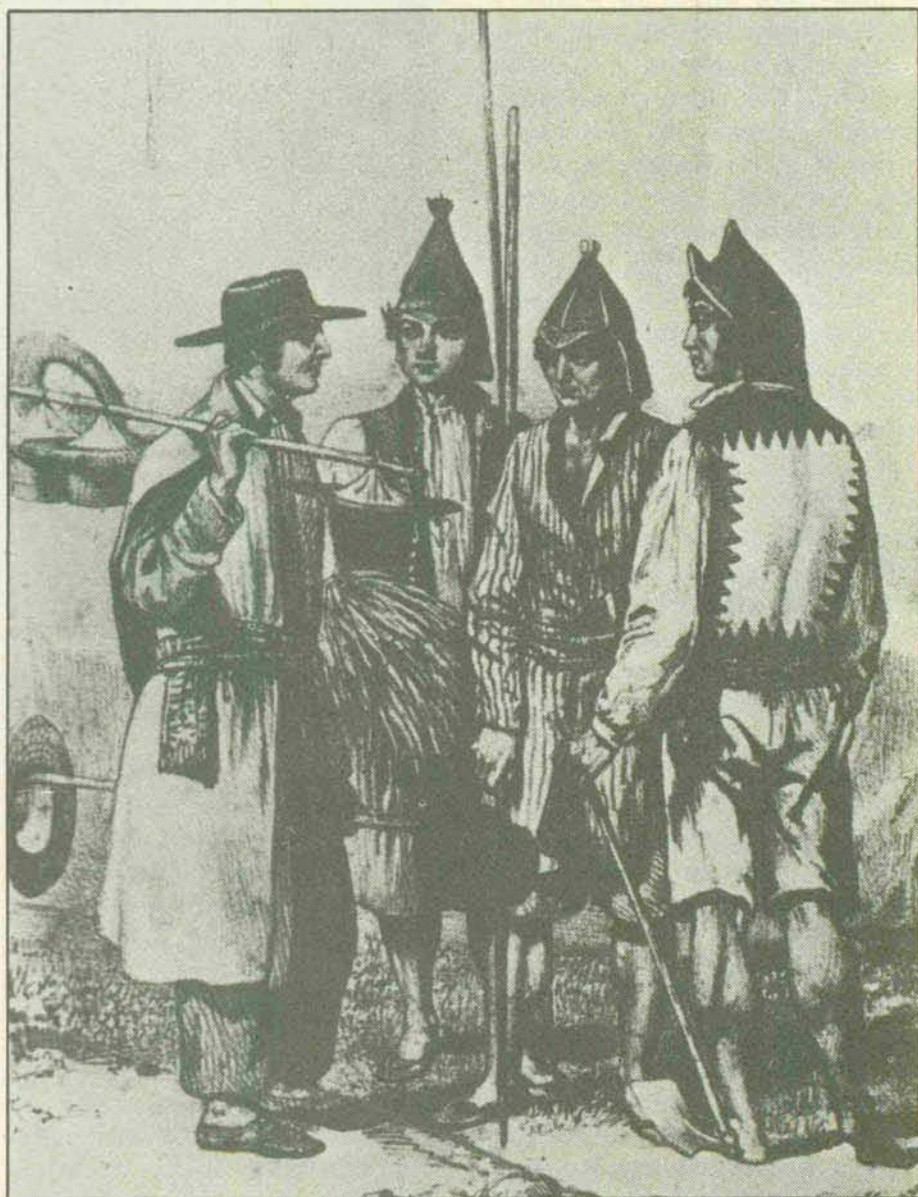
Digamos, para situar los efectos de la Escuela Regionalista de La Laguna, que la utilización de la mítica guanchista como argumento político quedó reducida en el siglo pasado a los brotes independen-

tistas relacionados con el fenómeno americano.

OBJETIVIDAD ANTE EL PROBLEMA

Frente a los excesos alternativos de «españolistas» y «guanchistas», hoy día parece perfilarse entre los historiadores canarios una actitud decidida en la búsqueda de un estudio científico y solvente del pasado guanche. Como muy bien ha escrito el antropólogo tinerfeño Luis Diego Cuscoy, «todavía estamos a tiempo de alcanzar a un hombre perdido en la prehistoria,

marchar junto a él y descubrir la verdad de su vida y el secreto de sus orígenes». ¡Qué duda cabe que el pasado guanche es una realidad con la que debemos contar los canarios! Atinadamente López Herrera escribe en «Las Islas Canarias a través de la Historia»: «Marcadas huellas antropológicas y etnográficas del pueblo y civilización primitivas muestran que éste está vivo y representado por los actuales habitantes en quienes se produjo la mezcla, consecuencia de la infusión de sangre extraña de los conquistadores».



Yo pienso que la actual renuncia del canario a emigrar por las buenas, como ha ocurrido hasta ahora cuando se producía una crisis económica, constituye un factor positivo, porque forzará a los canarios a encontrar soluciones eficaces y duraderas a las crisis. (Tipos históricos. A la izquierda, un vendedor de Gran Canaria, y, a la derecha, lanzaroteños y majoresos. De la obra de Webb y Berthelot: «Miscellanées Canariennes»).

Hay que denunciar, porque es de justicia, el abandono sentimental e intelectual en que hasta ahora hemos tenido a nuestros primeros pobladores, muchos de cuyos descendientes, integrados racialmente con los conquistadores españoles, conforman el proletariado rural y urbano de las Islas Canarias. Estoy convencido de que un análisis de las estructuras sociales del archipiélago, desde la Conquista hasta el momento histórico en que vivimos, puede dar razón de la supervivencia del atroz azote del caciquismo interior que hemos padecido los canarios en estos cinco siglos de historia última. Caciquismo que hunde sus raíces históricas en el inicuo régimen señorial, autorizado por la Corona de Castilla para la conquista de algunas islas.

LA CONQUISTA

La conquista de las Islas Canarias por los castellanos duró cerca de un siglo como ya hemos señalado anteriormente. Esta extraña lentitud se debe a la convergencia de varios factores: la fuerte resistencia de los guanches en algunas islas, la falta de medios económicos por parte de los conquistadores, y el hecho de que las escasas riquezas del archipiélago atraían poco la codicia de los europeos. La conquista de las Canarias (llamadas así por la abundancia de canes o perros) puede dividirse en dos fases. La primera fase la acometió Juan de Bethencourt, que somete las islas de Lanzarote, Fuerteventura, el Hierro y la Gomera. La segunda fase de la Conquista se consuma, ya bajo el reinado de los Reyes Católicos, con la toma de Gran Canaria, La Palma y Tenerife.

Digamos unas palabras de Juan de Bethencourt, el primer conquistador y señor de

Canarias. Juan de Bethencourt (1362-1425) era un caballero normando, dueño de varios señoríos, que concibió la idea de conquistar las Islas Canarias. Para ello empieza por obtener el «derecho de conquista», favor que logra de Enrique III de Castilla (1390-1406), en cuya corte real tenía importantes influencias. La conquista normanda de Canarias se hará, pues, en su primera fase, bajo el patrocinio de la Corona de Castilla. Luego se suceden una serie de luchas y rivalidades nada edificantes, cuyo relato excedería en las dimensiones de que dispongo para este trabajo periodístico.

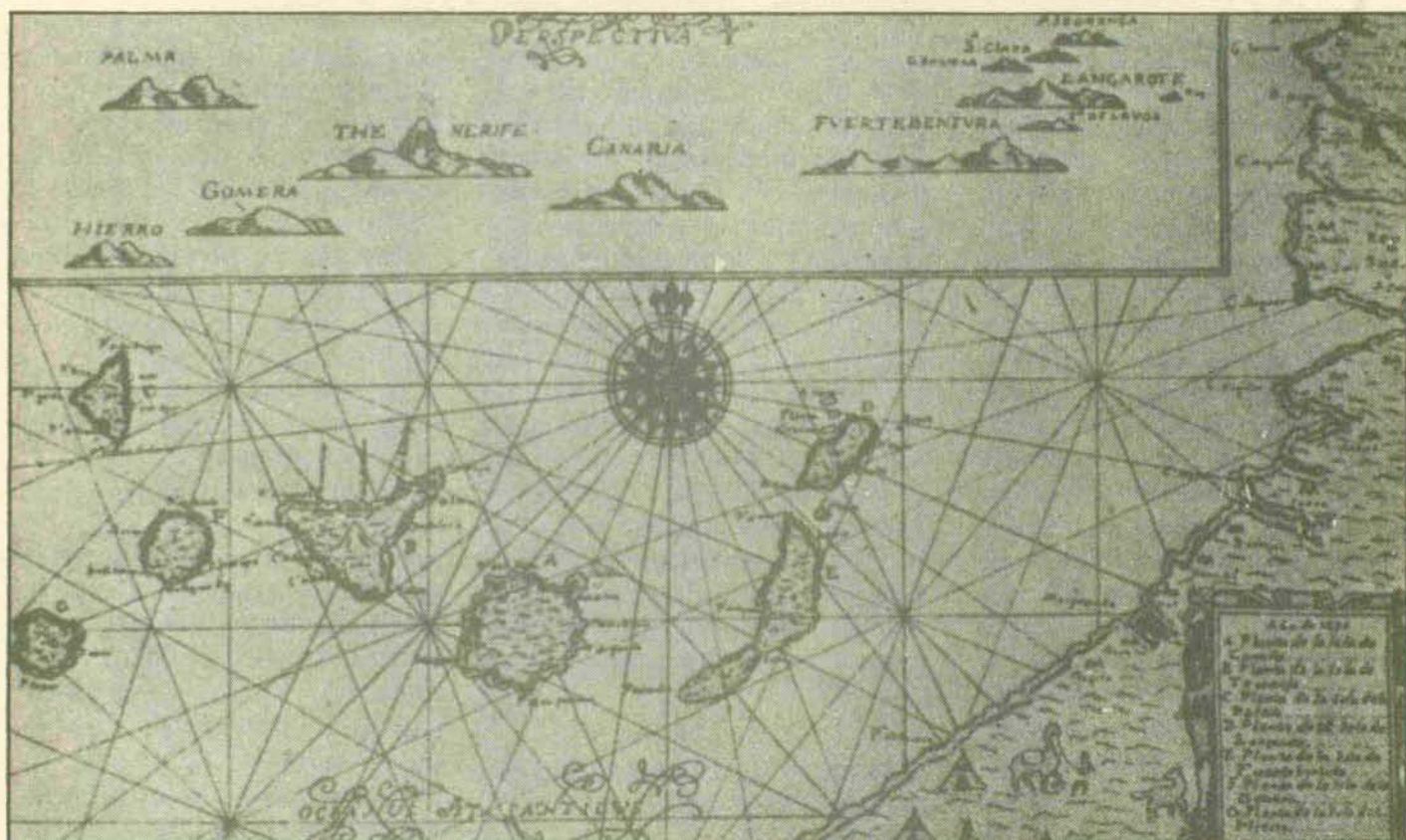
CANARIAS, AVANZADA DE OCCIDENTE EN ULTRAMAR

Pero más allá de la anécdota, lo que nos interesa es profundizar sobre la significación histórica de la incorporación de Canarias a la Corona de Castilla. En pocas palabras, supuso la integración al mundo occidental del «finis terrae» del Ecúmene greco-romano, acunado durante los milenios en la leyenda y el mito. El despertar histórico de las islas Hespérides, como las llamaban los antiguos, se produce en un momento decisivo: cuando Europa Occidental —y dentro de ella Castilla, en aquel momento su porción más avanzada y llena de dinamismo— se lanza, llevada de sus potencialidades expansivas, a la busca de nuevas tierras. El «finis terrae» de la Antigüedad y el Medioevo pasa automáticamente, con su conquista por Castilla, a la condición de «prima terra» en la cabalgada marina de los españoles hacia el Nuevo Mundo, hacia América. La incorporación de las Islas Canarias a la formidable peripecia vital y cultural en que consiste Oc-

cidente acaeció en una etapa ascendente de su destino: cuando, pletórico de energía interna, desparrama a sus hombres por todo el mundo. Canarias se subió al tren de la Historia en el vagón más avanzado de la época, en el que iba Castilla. Esta circunstancia ha dejado impreso en el Archipiélago un afán de modernidad y una vocación cosmopolita y progresista reiteradamente ejercida.

Con harta razón se ha dicho que Canarias fue la maqueta previa de la colonización española en América. Desde el planteamiento bélico de la Conquista —calcado de la de Canarias en todas sus fases: capitulaciones con la Corona, designación de capitanes, recluta de soldados, apresto de embarcaciones, avituallamientos y planes de campaña— hasta la organización política y administrativa, la estructuración de la Iglesia en régimen de Patronato, los repartimientos de tierras, los sistemas de cultivo, la creación de industrias, la ordenación del trabajo, etc., ponen de manifiesto un auténtico trasplante de instituciones desde el archipiélago canario al Nuevo Mundo. Incluso las Leyes de Indias tuvieron un precedente en la actuación de los obispos Frías y López de Serna, quienes batallaron ardentemente cerca de la Corona castellana en defensa de la libertad de los aborígenes canarios, hasta lograr que se ordenara el rescate de los guanches que habían sido llevados a la Península como esclavos.

Por lo que antecede, Eugenio d'Ors solía decir que quien quisiera tener una buena preparación para entender América debería pasarse al menos un mes en Canarias. Desde luego, toda interpretación verídica de las Islas ha de partir del hecho básico de su naci-



La gran incógnita que ha de afrontar Canarias es la de sus relaciones con África, de la que dista poco más de 100 kilómetros. (El mapa representa a «Las Islas Canarias y el Africa Española», por don Pedro Agustín del Castillo—1676—, recogido en la obra de Romeu de Armas: «Piraterías y ataques navales»).

miento histórico como un ensayo de nuevas formas de vida hispánicas.

CANARIOS EN AMERICA

La aportación de Canarias a la colonización americana es muy difícil de exagerar. Desde el cañón del Colorado hasta la Patagonia, desde los picos nevados de los Andes hasta la cerrada selva amazónica, no hay un solo rincón americano donde no hayan dejado su huella los isleños canarios. De manera muy particular destaca la acción de las comunidades canarias en Venezuela y Cuba, pero también es muy decisiva e importante en Colombia, Uruguay, Argentina, Guatemala, Méjico, Luisiana, Florida, Tejas y Puerto Rico. En un manifiesto, Simón Bolívar llegó a decir: «peninsulares y canarios».

Canarias dio a la Conquista americana figuras de la talla de los adelantados de Santa Marta, Pedro y Alonso Luis de

Lugo; a la evangelización, el venerable José Anchieta, apóstol del Brasil, y Pedro de Bethencourt y Benavides; a la Orden Betlemitica; a la náutica, Tomé Cano y José Fernández Romero; al gobierno, Bahamonde de Lugo, Peraza de Ayala, Nava, Ponte, Mesa, Bethencourt y Benavides; a la Iglesia, los arzobispos y obispos Sosa, Alvarez de Abreu, Matos y Encina; a la milicia y la armada, Díaz Pimienta, Monteverde y Morales; a la independencia, el precursor Miranda, y el emancipador cubano Martí, por cuyas venas corría sangre isleña. Son datos que están fijados ahí en la Historia y que nadie puede negar. Y que están muy bien estudiados por el tinerfeño Antonio Romeu de Armas, catedrático de la Universidad de Madrid.

DIMENSION AMERICANA

La dimensión americana de Canarias no sólo es un hecho

incuestionable: pienso que es más, que es un hecho fundacional y fundamental. Desde esta perspectiva resulta alienante y perturbadora la campaña que los «africanistas» de nuevo cuño están lanzando en Canarias para desvincular al insular de su profunda vocación americanista. Esto es una atrocidad histórica y una falsificación. Desde esta perspectiva me ha parecido oportunísima la idea que este año pasado tuvieron el Rey de España y el Presidente de Méjico de asistir juntos el 12 de octubre a los actos conmemorativos de la Hispanidad en Canarias. Y quisiera subrayar estas palabras que el Rey pronunció en el Teatro Pérez Galdós, de Las Palmas, porque me parecen una descripción certera de la profunda dimensión americana de las Canarias: «Las Canarias pasaron (tras la recalcada de Colón) así, de ser uno más de los archipiélagos del Atlántico —que en la Antigüe-

dad había enardecido la imaginación de cosmógrafos y marinos—, a convertirse en el muelle último de España, para la primera flota americana, y en la verdadera prefiguración de América, cuyos climas, tradiciones, artes y hasta acentos musicales de nuestra común lengua castellana parecen encontrar aquí su eco. De la misma manera, el Archipiélago es, viniendo de la otra orilla, no la prefiguración, sino. España misma, primer puerto de nuestra tierra. Y siempre, durante siglos, una suerte de puente entre América y España».

CANARIAS: HISTORIA DE UNA CRISIS

La historia de Canarias en los últimos cinco siglos es, en gran medida, el relato de una crisis cíclica y nunca resuelta. En definitiva, la actual crisis canaria no es más que la formalización aguda de una crisis crónica. Ya he dejado dicho en páginas anteriores que Canarias es un ensayo de nuevas formas de vida hispánicas. Es un ensayo nunca logrado, ni tampoco fracasado: yo diría que en crisis y peligro permanentes. Ahí está «in nuce» contenida toda la problemática canaria actual.

La crisis crónica de las Canarias tiene manifestaciones históricas pluridimensionales: en el terreno de la seguridad colectiva, en el de la economía y en el de sus instituciones político-administrativas.

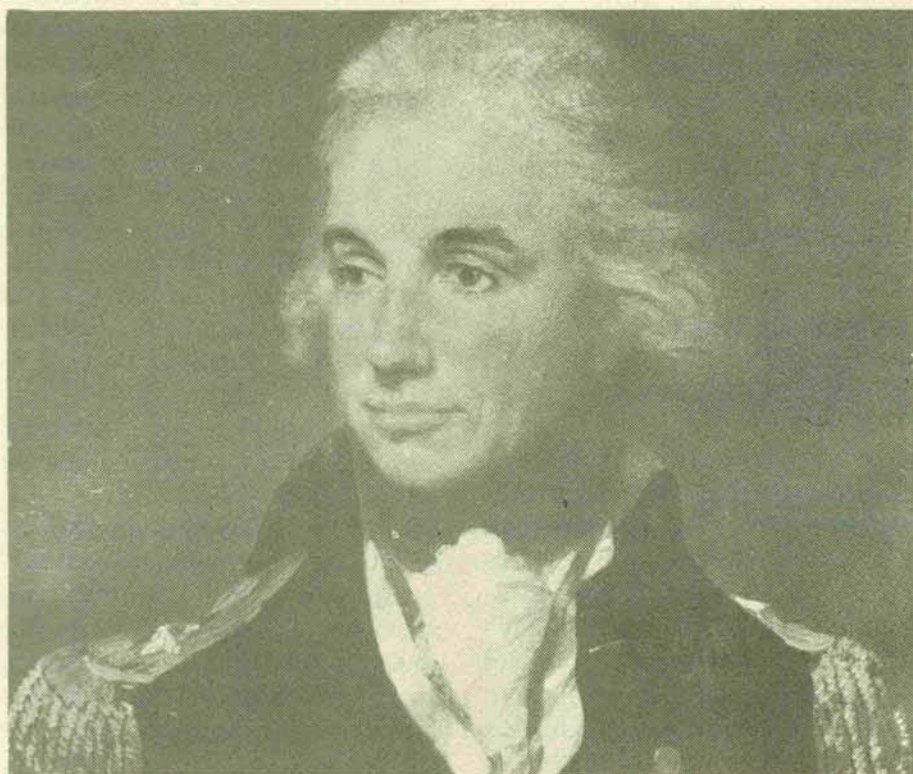
A causa de su estratégica situación —en la ruta hacia América y en la penetración europea hacia el Indico bordeando el oeste de Africa—, las Islas Canarias se han visto hostigadas por la acción de los piratas —franceses, ingleses, holandeses, berberiscos— desde comienzos del siglo XVI hasta finales del XVIII. Apenas avanzado el siglo XVI co-

mienza el tráfico naval entre las colonias españolas de Ultramar y la metrópoli peninsular. Los barcos españoles regresaban cargados de cargamentos preciosos y los mares de las islas se convirtieron en lugares de espera para las flotillas piratas. Hay que decir que los canarios defendieron valerosamente, en todas las ocasiones, su españolía. Los ataques a las islas alcanzaron en alguna ocasión dimensiones de intento de ocupación formal. Fue el caso del ataque de Horacio Nelson, el famoso almirante inglés, al puerto de Santa Cruz de Tenerife en julio de 1797. Nelson fue derrotado ante la cerrada defensa que de la plaza hicieron las fuerzas canarias al mando del general Gutiérrez. Nelson perdió muchos soldados en su fracasado intento. El propio Nelson perdió un brazo en el combate.

MONOCULTIVO CICLICO

En el terreno económico, Canarias ha vivido un continuo

proceso de crisis cíclicas, resueltas siempre con la dramática expulsión, en forma de emigración, de miles y miles de hombres de las Islas. En la injusta estructuración socio-económica que desde siempre ha prevalecido en Canarias, las clases populares nunca contaron para nada: sólo para emigrar cuando las cosas se ponían difíciles en el Archipiélago. Hasta que la crisis ha estallado ya en forma irreversible, al quedar cegada la válvula de escape de la emigración. La emigración ya no vale por mil razones. Y además, por primera vez en su historia, el hombre canario quiere realizarse en su terruño, no quiere marcharse fuera para que, a la larga, su puesto al sol en la vida insular termine ocupándolo un forastero. Yo pienso que la actual renuncia del canario a emigrar por las buenas, como ha ocurrido hasta ahora cuando se producía una crisis económica, constituye un factor positivo, porque forzará a los canarios a



Los ataques a las islas alcanzaron en alguna ocasión dimensiones de intento de ocupación formal. Fue el caso del ataque de Horacio Nelson, al puerto de Santa Cruz de Tenerife, en julio de 1797. El propio Nelson perdió un brazo en el combate. (El Almirante Nelson, cuadro de Abbot, National Portrait Gallery. Londres).

encontrar soluciones eficaces y duraderas a las crisis cíclicas que han azotado el archipiélago desde los tiempos de la Conquista hasta hoy mismo.

Como muy bien ha señalado el periodista grancanario José A. Alemán en su libro «Canarias hoy», terminada la Conquista a Canarias le tocó, con la división internacional del trabajo, el papel de productora de materias primas en régimen de monocultivo. Los conquistadores implantaron la caña y la elaboración de azúcares, que es lo que pedía entonces Europa. Los quinientos años de historia española de las Islas han sido una sucesión de monocultivos, que marcan otros tantos ciclos. Al azúcar siguió el vino (las famosas malvasías), y a éste la cochinilla. Se producen fuertes vaivenes, que van desde los momentos de colapso económico hasta algunas etapas de relativo florecimiento. A finales del siglo pasado, entramos en el ciclo del plátano y del tomate, y hace unos veinte años en el del turismo, por muchos calificado de «monocultivo del apartamento» o «monocultivo del sol». Pero ésta es historia contemporánea que trataremos con más detalle más adelante.

INSTITUCIONES POLÍTICO- ADMINISTRATIVAS

La articulación político-administrativa del Archipiélago ha sido siempre un problema irresuelto, que ha frenado los intentos de los canarios de establecer sobre bases sólidas el futuro colectivo del Archipiélago. Es una historia larga, de la que sólo podemos dar apuntes muy breves hasta llegar a la problemática actual. Quizás fue durante el reinado de los Reyes Católi-

cos, de Carlos I y Felipe II, cuando haya habido en Canarias, por excepción, un sistema político-administrativo de alguna eficiencia: los cabildos o concejos insulares, que tenían una autonomía amplia, limitada tan sólo por la autoridad del Rey. La situación se degrada en los reinados de Felipe III, Felipe IV y Carlos II a causa de las restricciones del comercio con las Indias, la emigración y las levadas forzosas por las guerras en Flandes. Los Capitanes Generales en esta época alcanzan un poderío político y militar que puede equipararse al de los Virreyes en América. La llegada de los Borbones al Trono español supuso la adopción de unos esquemas centralistas nada beneficiosos para unas tierras como las canarias lejanas del Poder Central y con una estructura insular.

La estructura centralista de corte napoleónico que se consolida en España en la primera mitad del siglo pasado afecta también a la Administración Pública en el Archipiélago, que se configura con la misma estructura provincial que en el resto del territorio español. Una de las propuestas de las Cortes de Cádiz fue considerar a Canarias como una provincia más de España, con capitalidad en Santa Cruz de Tenerife, con la viva oposición de las ciudades de La Laguna (Tenerife) y Las Palmas (Gran Canaria), que también aspiraban a la capitalidad de la nueva provincia de Canarias. El problema de la capitalidad de Canarias ha constituido un largo contencioso, que ha envenenado durante más de un siglo las relaciones entre las islas. Al lado de los males tradicionales del Archipiélago (atraso económico, injusticia social, dependencia estructural del exterior, analfabetismo y una presión de-

mográfica casi insoportable), ha habido casi continuos enfrentamientos entre Tenerife y Gran Canaria en luchas fraticidas y estériles, que han obstaculizado la necesaria acción regionalizadora. La llamada entonces «cuestión canaria», la cuestión provincial de las Islas, fue zanjada «salomónicamente» en 1927 por el dictador Primo de Rivera con la partición de la hasta entonces única provincia de Canarias en dos, con capital cada una de ellas en Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas respectivamente. La partición de la provincia de Canarias fue simplemente poner paños calientes, pues los temas de fondo han sobrevivido hasta nuestros días.

Lo único sensato que ha hecho el Poder Central en lo que va de siglo para una mejor administración propia del Archipiélago fue la promulgación en 1912 de la Ley de Cabildos, que ha establecido unos «modus operandi» más ajustados a la estricta realidad insular del Archipiélago.

LA SEGUNDA REPUBLICA

La Segunda República española fue acogida con enorme alborozo en las Islas Canarias, como había acontecido el siglo anterior con la Primera República. En la constitución histórica del canario hay una demanda de progresismo, modernidad y avance democrático. Un escritor tinerfeño, Juan Marichal, especializado en la Historia de la Segunda República, y que profesa habitualmente en la Universidad norteamericana de Harvard, ha escrito recientemente estas líneas: «Las Islas Canarias han sido siempre la vanguardia europea de España. Cuando en la Península, tras el llamado desastre de 1898, se reclamaba la europeización



Nelson fue derrotado ante la cerrada defensa que de la plaza hicieron las fuerzas canarias al mando del general Gutiérrez. Nelson perdió muchos soldados en su fracasado intento. («El Tigre»; cañón de bronce que hizo fuego durante la agresión de Nelson, y al que tantos atribuyen la grave herida que el Almirante recibió).

de España, los canarios se sentían ya naturalmente europeos». En opinión de Marichal, ya en 1931 se abrió en Canarias una nueva época en que la burguesía republicana y los trabajadores socialistas rompieron el predominio electoral de los caciques sucursistas. Y Canarias se sintió representada en las Cortes Centrales por hombres adecuados al carácter de su historia (la figura gigantesca de Juan Negrín, por ejemplo). Marichal, tras una lúcida descripción histórica de las relaciones entre la Península y las Islas a lo largo de estos tres cuartos del siglo XX, manifiesta: «Y hoy los dirigentes políticos canarios más responsables saben que las islas están en una decisiva encrucijada de su historia, que requiere serenidad y claridad en su más alto grado. El mañana libre de Canarias (dentro de la democracia española) permitirá a las islas ser fieles a su singularidad histórica: las adelantadas atlánticas de la cultura política europea».

SOMBRIO PANORAMA ACTUAL

Los canarios, como el resto de los españoles, hemos padecido cuarenta años de ausencia de

democracia y libertad. El resultado de la decisiva política del franquismo hacia las Canarias ha sido cuantioso en males de todo orden. El deterioro ha sido progresivo y el restablecimiento de la democracia en España ha hecho muy poco, por el momento, por detener un proceso de creciente degradación que se advierte nada más poner los pies en las islas. Y prescindamos de la inquietud e inseguridad colectivas ante las actitudes últimas de la OUA. Uno de cada diez canarios no tiene trabajo. Uno de cada cinco no cuenta con vivienda, ni con asistencia sanitaria adecuada. Una de cada dos empresas canarias están actualmente en crisis. Los salarios han sido prácticamente congelados, en su mayoría en niveles muy bajos, mientras que los precios subieron el año pasado en un treinta por ciento anual. La presión demográfica es casi insoportable, con índices de crecimiento «tercermundistas». La vida social y cultural sufre una degradación progresiva.

DESMORALIZACION Y CRISIS

La conjunción de la crisis social y económica y la inseguridad

ante el exterior conturba enormemente la vida social canaria hasta grados extremos. La sociedad canaria está gravemente desmoralizada. Los supuestos sobre los que ha funcionado pasablemente hasta ahora han saltado hechos añicos. Los roles sociales que mal que bien venían presidiendo la vida canaria se han quedado vacíos y sin función. El hombre canario no sabe qué hacer, ni siquiera a qué atenerse en la presente y difícil circunstancia histórica.

«La historia de Canarias es pródiga en crisis económicas y políticas graves, pero ninguna como la actual presenta caracteres tan dramáticos y pesimistas». En esos términos se expresaba no hace mucho, en un resonante editorial, el director del vespertino tinerfeño «La Tarde». El editorialista denuncia la deficiente respuesta —«miedo, ambigüedad, indiferencia»— de la sociedad canaria a los graves retos de la hora presente.

En mi opinión, la deficiente respuesta de la sociedad canaria a sus problemas se manifiesta en dos ámbitos distintos. En la burguesía, desesperanza, ambigüedad y cobardía. Resentimiento, exaspera-



Los canarios hemos de comprender que la autonomía no es más que el marco para el planteamiento correcto de nuestros problemas. Significa que los canarios habremos de responsabilizarnos de nuestro autogobierno. (En la foto, una reciente manifestación en Santa Cruz de Tenerife).

ción y xenofobia, en el creciente proletariado en paro.

SAÑA ANTI-GODA

«Fuera godos». Es la pintada más extendida en estos momentos en las tapias y en los muros de las ciudades y los pueblos canarios. «Godo» es la denominación despectiva y peyorativa con que el insular designa al peninsular. Entendámonos, «godo» no es sinónimo de peninsular; «godo» es la designación irritada y xenófoba hacia el peninsular cuando se le ve desde una perspectiva negativa y descalificante. Es una precisión que conviene hacer y tener muy en cuenta, si se quiere entender de veras lo que está aconteciendo ahora en Canarias. Un sicólogo tinerfeño, José Martínez Casto, ha precisado la cuestión: «Ser godo —afirma— no es tanto una definición de origen racial como una definición de carácter. Ese

peninsular hablador, presuntuoso, con aires de superioridad y comportamiento agresivo será siempre un godo por muchos años que lleve residiendo en las islas. Yo, más que de godos y canarios, hablaría de carácter godo y carácter canario. Ahí es donde está la diferencia y eso es lo que configura el sentimiento de canariedad».

Un observador superficial de la realidad canaria interpretaría el grito «fuera godos» como manifestación de un sentimiento separatista en las islas. Nada más lejos de la realidad, aunque es lo que se piensa en la Península y se publica con frecuencia en la prensa nacional. Pero eso es quedarse en la superficie de las cosas.

Una anécdota aclarará un poco esta compleja situación. Cuenta Juan Marichal que un destacado dirigente republicano de Tenerife saludaba muy afablemente a los porteros de los ministerios en sus

visitas a Madrid: «Me los encuentro luego de gobernadores civiles en Canarias», contestaba a sus amigos peninsulares que le manifestaban su sorpresa. Es una caricatura, pero lo cierto es que durante todo este siglo el gobierno de Madrid y sus representantes en Canarias seguían viendo las islas como lugares de confinamiento para generales levantiscos o cómodos destinos para políticos de undécima fila. Si a estas poco favorables circunstancias, se unía la frecuente insolencia de estos personajes, es fácil comprender cómo el canario se ha ido forjando el cliché del «godo» como elemento indeseable y que sobra. Añadamos que, tras la derrota de la República, Canarias vio afluir infinidad de funcionarios aupados por el fascismo que sustituían a los *insulares*, de una ideología mucho más democrática y liberal por las características mismas socio-históricas del Archipiélago. De esta manera,

el frenesí frente al peninsular no ha hecho más que engordar en estos últimos cuarenta años. Pero insisto en que el problema no hunde sus raíces en un supuesto separatismo canario, sino que deriva de los agravios que las torpezas del centralismo han venido propiciando sin parar a los habitantes de las Islas Canarias.

CHIVOS EXPIATORIOS

Dicho esto, me parece de justicia subrayar que, en mi opinión, el «godo» está desempeñando injustamente un indebido papel de «chivo expiatorio» de los males canarios. En primer lugar, no hay que olvidar que los canarios no hemos sido los únicos damnificados por el aparato centralista del fascismo español de los últimos cuarenta años. Muchas regiones españolas —habitadas por «godos», según la terminología insular— han sido también víctimas gravemente perjudicadas por el anterior régimen español.

Como canario veo con preocupación la creciente falta de autocrítica de mis paisanos, que culpan de todo lo imaginable —sus propias frustraciones incluidas— al peninsular que reside en las Islas. Desde esta perspectiva, aplaudo sin reservas un editorial del ya citado vespertino tinerfeño «La Tarde», en que se dice: «Aquí todo fracasado profesional se nos convierte en independentista, porque aquí todo el negado para hacerse con la cultura que se le ofrece en las aulas o en su formación autodidacta acaba parando en africanista, porque aquí toda frustración personal, merecida o inmerecida, deviene en saña antigoda».

AGRAVIOS DEL CENTRALISMO

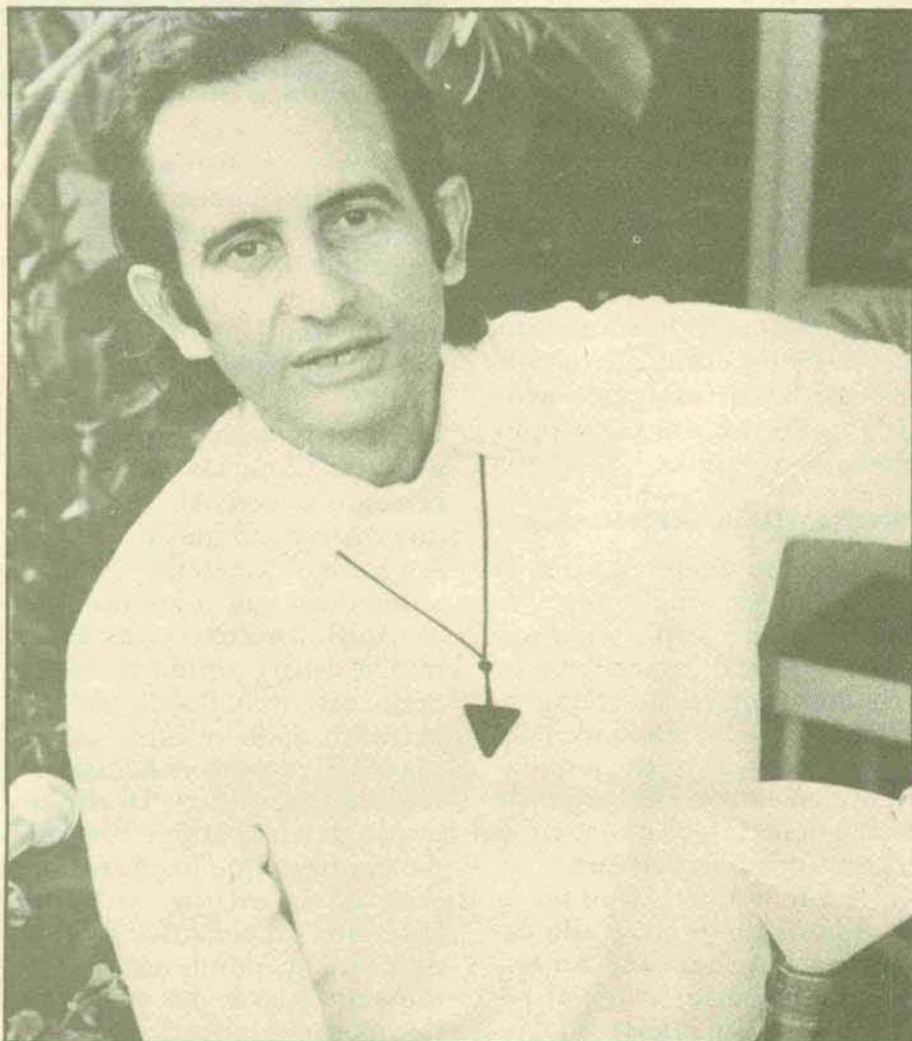
Por lo que antecede, considero que, en muchísimos casos, es

injusta la actitud de algunos sectores de la población canaria con relación a los peninsulares allí asentados. Pero si es justo justificados la aversión y el rechazo del canario respecto a la Administración Central. Desde Madrid se ha perpetrado una larga letanía de agravios y dejadeces que tienen a los canarios en estado de exasperación continua. Como botón de muestra, ahí está la reciente ratificación del tratado pesquero con Marruecos, que se ha hecho a espaldas de los intereses de toda una región española: las Islas Canarias. En las Islas se respira una atmósfera de clara desconfianza e irritación hacia la política que Madrid está siguiendo con relación al Archipiélago. El canario está es-

carmentado de las promesas que nunca se cumplen. Y ahora, además, contempla con creciente irritación la torpe política exterior española en África del Norte, que pone en peligro la seguridad de Canarias.

INDEPENDENTISMO

El lector peninsular se pregunta con alguna perplejidad: «¿Qué pasa con el independentismo canario? ¿Tiene verdadero arraigo en aquel archipiélago?». Yo pienso que la tesis independentista es falsa en sus planteamientos históricos y de futuro y con poco arraigo efectivo en las Islas. Pero lo que sí hay, y es un fenómeno en alguna manera preocupante, es un creciente



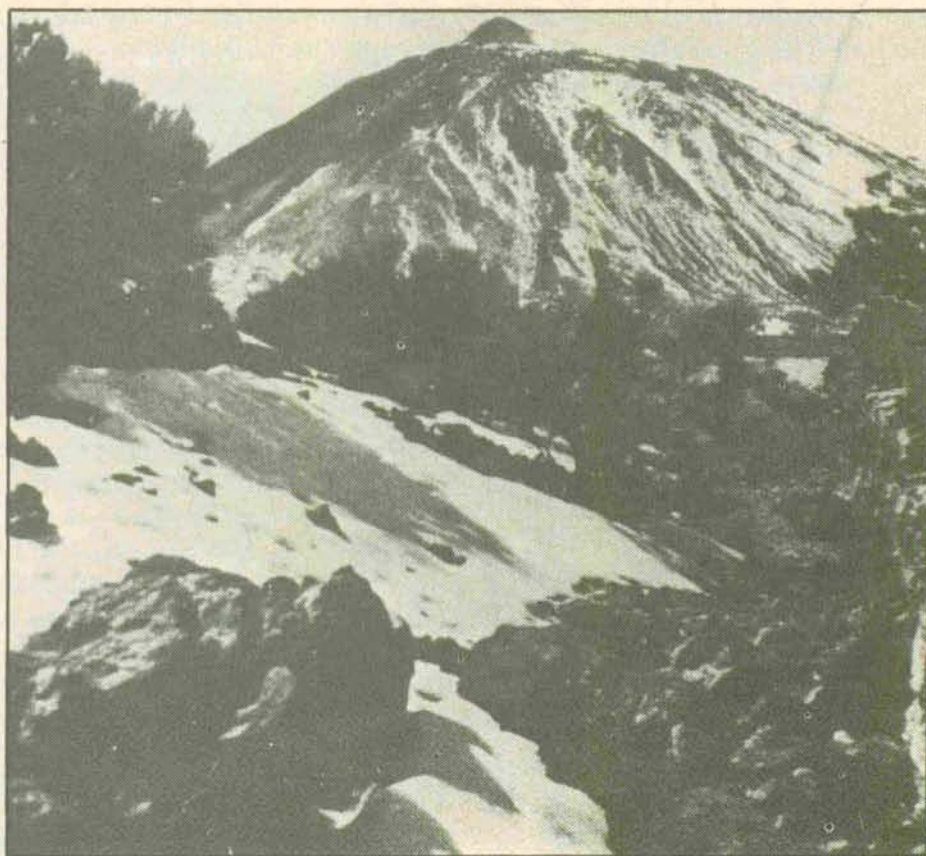
Por supuesto que el MPAIAC de Cubillo, que es el que mayores perturbaciones está creando desde el exterior para la desestabilización del Archipiélago, es un fenómeno absolutamente marginal a la sociedad canaria. (En la imagen, Antonio Cubillo «El Chino», líder del movimiento independentista canario, MPAIAC).

chantaje de los grupúsculos independentistas sobre la sociedad canaria y sobre las fuerzas políticas más tradicionales y enraizadas en el Archipiélago, que no han sabido distinguir con energía entre independentismo y autonomía. Por supuesto que el MPAIAC de Cubillo, que es el que mayores perturbaciones está creando desde el exterior para la desestabilización del Archipiélago, es un fenómeno absolutamente marginal a la sociedad canaria.

Más preocupante que el MPAIAC, fenómeno manejado desde el exterior, es la existencia de minorías de cierta importancia numérica, aunque nunca rebasen el cinco o el seis por ciento, que está embarcada en una mixtificación de nuestras raíces culturales, en una manipulación de la efectiva canariedad. Esta minoría se mueve en un doble objetivo convergente: nacionalismo en lo político, africanismo en lo cultural. En la mayoría de determinadas personas del mundo artístico-cultural, que quieren salvar su mediocridad mediante el lanzamiento de productos culturales exóticos que hallarían buena acogida cultural en el propio mercado español.

PROXIMIDAD AFRICANA

Canarias se encuentra en la necesidad de replantear su condición de triple encrucijada europea, americana y africana. Como España que es, a Canarias le corresponde participar activa e ilusionadamente en la consolidación de la democracia española, en la gran empresa de organizar socialmente la libertad en todos los puntos de la geografía española. La vocación americana de Canarias exige el reforzamiento de nuestros lazos afectivos con aquel continente, pero con una presencia sazónada de nuestra cultura ca-



Uno de cada diez canarios no tiene trabajo. Uno de cada cinco no cuenta con vivienda, ni con asistencia sanitaria adecuada. Una de cada dos empresas canarias están actualmente en crisis. (El Teide: «Fantasma a quien la sombra vespertina viste con manto de ligeras brumas...», según palabras de Manuel Marrero).

naria, al tiempo que es hora ya de comenzar unos fructíferos contactos económicos y comerciales que tan fáciles nos serán a través de la similitud en el lenguaje, en las costumbres y en la idiosincrasia de nuestros pueblos.

La gran incógnita que ha de afrontar Canarias es la de sus relaciones con Africa, de la que dista poco más de 100 kilómetros. Conviene señalar, antes de seguir adelante, que geológicamente Canarias nunca estuvo unida al continente africano. Puede parecer extraño, dada nuestra cercanía a Africa, pero es la estricta realidad científica. Desde un punto de vista étnico hay que puntualizar que los guanches eran de la estirpe del Cromagnon, procedentes del sur de Francia, donde estaba establecida desde los primeros tiempos cuaternarios. Luego hubieron de emigrar, a causa de los cambios de clima, en diferentes direcciones. Una de

estas vías emigratorias pasó por Italia y el norte de Africa, desde donde parece probable —según los datos científicos disponibles— que llegaron al archipiélago canario. El hecho científicamente cierto es que ningún pueblo racialmente africano ha habitado las islas Canarias.

Pese a todo lo que antecede, no se puede ignorar en la hora presente la realidad geográfica, económica y geoestratégica que significan las islas frente a las costas de Africa. Hasta ahora nuestros contactos han sido puramente defensivos, negativos. Esto no puede suceder de ahora en adelante. Pienso que Canarias tiene, en estos momentos, una clara función africana también. El Archipiélago puede y debe constituirse en factor de **estabilidad y prosperidad** de la zona africana que la circunda. Pienso en este sentido que la colaboración afrocanaria podrá funcionar en la

medida que nuestro archipiélago presente ante sus vecinos un modelo de desarrollo político, económico y social válidos, en la medida de que Canarias sea respetada por sus realizaciones y no considerada como objeto de posible chantaje, como está aconteciendo ahora.

Desde esta perspectiva Canarias ha de escapar a todo trance de que en su territorio se instalen bases extranjeras, que romperían de raíz cualquier tipo de relación equilibrada con sus vecinos africanos. Si se quiere que Canarias sea un factor de estabilidad en la zona, las únicas tropas que deben permanecer sobre nuestro suelo son las propias.

AUTONOMIA

Canarias se encuentra frente a un grave reto interno y externo. El panorama actual del Archipiélago es bastante deprimente: atraso económico, injusticia social, dependencia estructural en lo económico del exterior peninsular y extranjero, analfabetismo y una presión demográfica insostenible. Por otra parte, desde el exterior, hay intentos claros de desestabilización de las islas. Para responder adecuadamente a este reto histórico es preciso un cambio innovador de las estructuras canarias. Y este cambio innovador ha de partir de los propios canarios, que han de responsabilizarse a fondo de su destino futuro.

En Canarias hay práctica unanimidad en que el marco necesario para la recuperación del Archipiélago pasa por un Estatuto de Autonomía dentro de la democracia española. Pero lamentablemente, disidencias mezquinas entre los representantes parlamentarios canarios han impedido que Canarias haya presentado un frente unido y sólido ante el

gobierno con propuestas coherentes. Canarias fue una de las regiones españolas adelantadas en proponer la organización de España en articulación de territorios autónomos. Sin embargo, la concesión de la preautonomía no ha sido el resultado de una eficaz presión canaria, sino del deseo del gobierno Suárez de jugar esta carta frente a la alucinante política de la OUA. No quiero ocultar un riesgo que se corre en las islas y sobre el que posiblemente los políticos canarios no hayan puesto suficientemente en guardia a la población insular. Y es la

tendencia irresponsable de grandes sectores de la población canaria a considerar la autonomía como una panacea, que, sin más, va a resolver todos los problemas de las islas. Los canarios hemos de comprender que la autonomía no es más que el marco para el planteamiento correcto de esos problemas. Que sepamos que cuando tengamos la autonomía, ya no valdrá echarle la culpa a Madrid cuando las cosas no marchen bien. La autonomía significa que los canarios habrán de responsabilizarse de su autogobierno. ■ P. F.

